

LOS MAESTROS DEL PASADO

ENRIQUE SAN MIGUEL PÉREZ

En 1962 apareció un libro que inmediatamente concitó la atención de la comunidad historiográfica estadounidense: *Los cañones de agosto*, de Bárbara Tuchman. En plena fase álgida de la Guerra Fría, con Estados Unidos y la Unión Soviética enfrentados casi existencialmente por el dominio del mundo, la historiadora neoyorquina planteó un examen del estallido de la Gran Guerra que se detenía en el hecho de las más de cinco semanas transcurridas entre el asesinato de los archiduques Francisco-Fernando y Sofía Chotek en Sarajevo el 28 de junio de 1914, y las declaraciones formales de guerra entre las grandes potencias a partir del 3 agosto siguiente. A lo largo de esas cinco semanas, se habían cruzado mensajes beligerantes, y beligerantes de manera creciente, mientras millones de soldados se dirigían a las fronteras de acuerdo con magnitudes que hicieron imposible una reconsideración de la situación.

Pero, al mismo tiempo, la irresponsabilidad nutría el comportamiento de los Jefes de Estado y la ciudadanía de la práctica totalidad de los Estados involucrados: el zar Nicolás II y el emperador Guillermo II se encontraban de vacaciones y, por supuesto, no las interrumpieron. En París y Viena, multitudes enfervorecidas se lanzaban a las calles para exigir la entrada en guerra y celebrar su materialización. En Praga, una de las sensibilidades más poderosas del siglo, la de Franz Kafka, anotaba en forma tan neutra como despreocupada en su *Diario* el 3 de agosto: "Mañana: Inglaterra declaró la guerra a Alemania. Por la tarde, me fui a nadar". Y Bárbara Tuchman constataba hasta qué punto esa inconsciencia y esa frivolidad colectivas, la inca-

pacidad para reaccionar racionalmente, y seguramente el miedo del político con minúscula a fomentar la cordura y el sentido común cuando discurre en contra de la corriente dominante, se conjugaron para imposibilitar cualquier forma de diálogo y consiguiente respuesta meditada y pacífica a la formidable crisis del verano de 1914.

Poco más de cuatro años después, buena parte de los protagonistas del estallido del conflicto habían fallecido, comenzando por el emperador-rey de Austria-Hungría, o un zar Nicolás asesinado con toda su familia en Ekaterimburgo. El imperio alemán, la confederación danubiana y el Estado plurisecular de los Romanov habían dejado de existir, convertida la Monarquía de los Habsburgo en un mosaico de pueblos, y la revolución bolchevique triunfante en Rusia se extendía a Berlín, Baviera y Hungría. Europa asistía a la más profunda transformación política y territorial de su historia. Una transformación que hacía irreconocible Europa Central, cuyo dominio se convertía en pasto de las ambiciones expansionistas de sus poderosos vecinos y, por tanto, en el fermento del estallido de una nueva contienda, esta vez existencial y aniquiladora, por el control del continente y del mundo. Una transformación cuyo impacto resulta perfectamente visible en la Europa de nuestro tiempo, pasto de los mismos discursos racistas, xenófobos, intolerantes e imperialistas que prevalecieron entonces, mientras la melancolía con la que Stefan Zweig evocaba *El mundo de ayer* se apodera de la ciudadanía.

Una transformación que exigía un volumen monográfico como *Los cañones de Versalles*. Un libro que es la materialización del trabajo investigador realizado por HISDERORDEN. Grupo de Investigación en Derecho y Estado frente a las crisis (*perspectivas histórico-jurídicas y culturales del conflicto, la seguridad y el orden público*), transcurridos apenas unos meses desde su constitución como equipo de trabajo, y en donde se recogen ocho contribuciones que contienen estudios monográficos sobre buena parte de los procesos políticos, jurídicos e institucionales que depararon los Tratados de Versalles, comenzando por su propia plasmación como un *Diktat*, quebrando la secular tradición negociadora de la diplomacia europea, y prosiguiendo por la ilusión de Woodrow Wilson por la definitiva materialización de "la paz perpetua" con la que soñaron el abad de Saint-Pierre e Immanuel Kant, la dramática e irresponsable frustración de las legítimas expectativas del mundo árabe tras el final de la contienda como conse-

cuencia del comportamiento de unas potencias aliadas que incumplieron con enorme cinismo sus compromisos, y la esperanzadora creación de la Sociedad de Naciones y su compromiso fundacional con la protección de los Derechos Humanos. Pero también el clima intelectual y de creación que acompañó a un tiempo que desde el principio cuenta con un historiador tan representativo del espíritu del tiempo como el frisón Johan Huizinga, quien en 1919 publica *El otoño de la Edad Media* y, ya en España, su propia acción mediadora durante la Gran Guerra, mientras la nación y su Estado asistían al agotamiento del modelo político de la Restauración en 1917, un año en el que se suscita una crisis que se prolongará durante veinte años apasionantes, en cuyo marco surgirían iniciativas intelectuales tan extraordinarias como *La piel de toro*.

Es un libro que protagonizan los líderes a los que Harold Macmillan habría de considerar después como "los maestros del pasado", y entre ellos su admirado David Lloyd George, Thomas Edward Lawrence, Woodrow Wilson, y Georges Clemenceau, pero también Karl Liebknecht, Rosa Luxemburgo o Alfonso XIII. Y también un libro en el que puede asistir a la génesis de un conjunto de procesos políticos, jurídicos e institucionales cuyo impacto e impronta siguen siendo perfectamente detectables en nuestro tiempo.

Una de las personalidades más representativas de la Europa y el mundo de los Tratados de Versalles, Isadora Duncan, decía en sus memorias truncadas, *Mi vida*, terminadas a principios de septiembre de 1927, apenas unos días antes de su fatídica representación final en el Paseo de los Ingleses de Niza un soleado 14 de septiembre, y sin posibilidad de continuarlas con el libro que habría de relatar su vida con Serguéi Yesenin en la naciente Unión Soviética, que el final de la Gran Guerra significó el triunfo de quienes preferían que prevaleciera el odio sobre el placer. La mujer que añoró siempre los tiempos en que se alimentaba con un vaso de leche caliente y *La crítica de la razón pura*, y que tras perder a su pequeño hijo escuchaba a sus amigos susurrar: "ha olvidado, ha sobrevivido", sabía bien que, como Goethe sostenía: "todo dogma es gris, pero el árbol de la vida siempre es verde".

En algunos funestos episodios de la historia, en efecto, el dogmatismo prevalece sobre la vida. Pero, cuando se conoce la historia, y el historiador, no digamos el historiador de las formas políticas, jurídicas e institucionales, se comporta con el sentido de la responsabilidad que exige su oficio, el verde

derrota al gris. Un joven historiador que había leído *Los cañones de agosto* en sus vacaciones de verano de 1962 pudo aplicar sus enseñanzas apenas unas pocas semanas después, durante la Crisis de los Misiles cubanos entre el 16 y el 28 de octubre de 1962. Se llamaba John Fitzgerald Kennedy. Era presidente de los Estados Unidos. Y, además de leer a Bárbara Tuchman, aprendió a caminar con los zapatos de Krushev. Su amigo Harold Macmillan le calificó después, tras su trágico asesinato, como un "maestro del presente". Todos los maestros lo son. Y su magisterio constituye el único proyectil que *Los cañones de Versalles* son capaces de contener.

En Madrid, 2 de junio de 2019.